

Una perspectiva para las ciencias sociales del Tercer Mundo

ORLANDO FALS BORDA*

Para fijar las líneas prospectivas generales que, según lo que he observado y experimentado, merecen marcarse en la investigación social contemporánea, cabe señalar que en Colombia y América Latina, durante los años críticos, la sociología tomó dos vías: una académica y otra extra-académica. En cuanto a la primera, no pudo, por diversas causas (represión, desorientación, dogmatismo, etc.), indicar nuevos rumbos a la investigación; la segunda, en cambio, asumió cierto liderazgo aun en condiciones políticas adversas: Cebrap en Brasil, IEP en Perú, Cendes en Venezuela, el Instituto di Tella en Argentina, Fundarco en Colombia, y algunos otros. De esta experiencia extra-académica quedaron conceptos-guías y marcos teóricos generales (como dependencia, producción, explotación, subversión, investigación-acción) que han alimentado el debate sobre las ciencias sociales y su función moderna, tanto entre los herederos del mundo académico formal como en los nuevos y activos círculos marxistas.

Este gran debate extra-académico tuvo el mérito de desbordar a cada una de las disciplinas sociales (por eso no vale la pena circunscribir la presente reflexión sólo a la sociología) y de enfocar y destacar modalidades de trabajo investigativo con su elaboración teórica, que antes no se consideraban válidas. Estas modalidades, reconsideradas y revaluadas, permiten dibujar nuevas perspectivas tendientes a impulsar las investigaciones y estudios en las actuales circunstancias. Basado ante todo en mi experiencia profesional, y combinando lo que considero deseable con lo que es posible, me permito sugerir las siguientes grandes líneas como las más productivas:

1. Justificación de la modestia en la investigación.
2. Concesión de primacía a lo cualitativo.
3. Desarrollo propio de modelos interpretativos adecuados.
4. Impulso a la interdisciplina.

* Sociólogo, profesor universitario y consultor de la ONU y la CEPAL. Autor de *La violencia en Colombia* y de *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, entre otros muchos títulos. El presente trabajo es una "ponencia magistral" preparada para el V Congreso Mundial de Sociología Rural, que se celebrará en la ciudad de México del 5 al 12 de agosto del presente año.

5. Articulación de la práctica y el compromiso de clase como elementos de validación.

Ninguna de estas perspectivas es estrictamente nueva; por el contrario, algunas de ellas —como la última— son cíclicas y tienen antecedentes muy respetables; las otras han sido expuestas antes por varios colegas y por mí en variadas circunstancias. Pero si, a pesar de todo, adquieren ahora —o vuelven a adquirir— dimensión de tendencias reales, podría aumentar el valor y la calidad de la producción científica de nuestros países. Este argumento es circular, y puede sostenerse también que las actuales tendencias productivas dependerían del trabajo orientador que, según estas perspectivas, realizaran los practicantes científicos. En todo caso, creo que vale la pena lanzar al ruedo estas tesis y estimular su consideración abierta. Hagamos el intento.

EL VALOR DE LA MODESTIA

Lo modesto no es necesariamente de segunda clase, ni torpe, ni insignificante. En todas las ciencias, muchas investigaciones modestas han llevado a grandes descubrimientos: la gravedad, la circulación de la sangre, los rayos X. Investigadores geniales como Marx, LePlay, Fanon y Mills no dispusieron de grandes presupuestos ni de computadoras para realizar sus estudios y comunicar los resultados a la comunidad científica o a los grupos interesados. En cambio, usaron plenamente el instrumento mejor y más económico de investigación social que se haya inventado nunca: el cerebro.

Cuando un investigador moderno concibe sus trabajos principalmente en virtud de presupuestos millonarios y con miras a alimentar computadoras ultrarrápidas, sobrepasa límites económicos, ideológicos y prácticos que casi no podemos soportar en los países subdesarrollados. Aunque ésta es una forma frecuente de hacer investigación social en los países ricos, no puede sostenerse que haya hecho avanzar significativamente el conocimiento científico de sus respectivas sociedades; tampoco ha eliminado otras formas menos ostentosas de investigación. Así, puede verse allí que el gigantismo y la masificación de datos no han dado muchas luces adicionales sobre problemas contemporáneos básicos. Esos grandes proyectos se asemejan a veces a un cañón Berta que, al disparar, no eyecta sino una balita que cae al pie del inmenso aparato.

Cuando estos superproyectos se trasladan a nuestros países pobres, o se instrumentan en ellos, o se convierten en plurinacionales con fines comparativos, el resultado refuerza por regla general las cadenas de nuestra dependencia intelectual y económica. Quedamos maniatados entonces como peones de brega de los colegas pudientes de otras partes y sujetos a la temática que traen, que les sirve más a ellos y a sus instituciones que a nosotros y a nuestros pueblos. Naturalmente, ellos actúan en función de sus propios intereses y eso no se lo podemos reprochar. La falla es nuestra cuando no ponemos los diques adecuados y nos dejamos timar por las fórmulas, los números y los fondos.

Nuestros problemas sociales son evidentes, no necesitan de precisa confirmación estadística ni de grandes encuestas y largos formularios, ni de sistemas de muestreo muy elaborados para conocer sus modalidades. Los científicos sociales deberíamos dejar de hacer competencia en este campo a los científicos naturales y a los matemáticos, que manejan otra clase de materia y universo, y concretarnos a los sistemas abiertos, mutables, relativos y coyunturales de lo social. Es un mundo que ofrece elementos palpables cuyo análisis requiere, ante todo, de agudeza de observación y capacidad de inferencia teórica. Quizás también de sentido común.

Por fortuna, la distribución genética universal de inteligencia no parece que nos haya discriminado en tal forma que los "cerebros" y los genios sólo se encuentren al norte del trópico de Cáncer. Un buen uso de estos recursos nuestros daría, así, frutos, al hacer que disminuyera el colonialismo intelectual y realizar proyectos controlados por nosotros mismos, con nuestros propios medios, así sean modestos, y con nuestra propia temática en el campo de la investigación social.

IMPORTANCIA BASICA DE LO CUALITATIVO

Como corolario del argumento anterior, se desprende que en estos momentos sería mucho más importante realizar estudios cualitativos, en profundidad, que cuantitativos, en extensión. No pretendo denostar la estadística ni las matemáticas, ni propongo eliminarlas de los *curricula* universitarios; propongo colocar lo medible y contable en su propia perspectiva como ilustración de la evidencia, no como prueba final de la existencia de las cosas.

Pocos cuestionarán que, en nuestros países, lo más necesario por ahora son elementos de conocimiento que nos permitan contestar preguntas ontológicas como: ¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿para dónde vamos? Las respuestas a estas preguntas no son cuantificables. Urge profundizar en la calidad de nuestras realidades; en el sabor, olor y textura de nuestras tradiciones; en el porqué de los valores culturales; en la estructura de nuestras personalidades, con todas sus cualidades y defectos; en el meollo de nuestra estructura social. De allí que muchas veces haya más recompensa científica en estudios de caso bien hechos, que en cien cuadros estadísticos superficiales o con datos falseados, como ocurre con tanta frecuencia. Es mejor construir así una ciencia de la realidad, derivada tanto del contacto popular como del manejo de los libros y las herramientas técnicas.

No se espere que con la acumulación de datos cuantitativos se pueda dar, por ello mismo, una transmutación a lo cualitativo. Se requiere de un gran poder de abstracción para convertir lo uno en lo otro, y el éxito no está siempre asegurado. Véase lo ocurrido en Estados Unidos, donde los científicos sociales esperan aún dar ese paso, luego de medio siglo de investigación micro y macrosociológica de campo y cuantiosos bancos de datos.

Por supuesto, la estadística demográfica es herramienta indispensable del Estado para el control de las poblaciones. Empero, aparte de ofrecer la necesaria interpretación teórica, compete a los científicos sociales darle a la estadística el sentido que merece. Y este sentido se deriva principalmente de la experiencia personal directa, del contacto con la gente, del trabajo en el terreno, que da fisonomía a las cifras y carne y hueso a los fríos cálculos.

Esto es, en el fondo, lo que cuenta. De otra manera, se estaría creando una ciencia esotérica y abstrusa, para una élite de letrados, cada vez más alejados del pueblo y de la realidad circundante. No puede haber lugar para torres de marfil en nuestras disciplinas y en nuestros países. Estos refugios y escapes se construyen y habitan cuando la ciencia se convierte en un fin en sí mismo y adquiere características propias como ente, con todos los peligros que ello implica: la alienación de los científicos y la desfiguración de su papel en la sociedad.

Y así volvemos al punto de partida: si nuestro propósito como científicos es entender, y no sólo contar y describir, debemos reconocer el peso de los valores en la ciencia y en nuestra producción científica. Lo cualitativo vuelve a destacarse como fundamental en la presente etapa de nuestro desarrollo, para orientarnos y tomar decisiones inteligentes con respecto a la política científica y a las metas que nos proponemos como pueblos y naciones.

IMPORTANCIA DE LA INDEPENDENCIA INTELECTUAL

Los dos planteamientos anteriores me llevan a repetir, junto a tantos otros, la necesidad de desarrollar modelos teóricos propios que interpreten correcta y coherentemente los problemas de nuestra sociedad. No se trata de una posición chovinista ni de negar la universalidad de la ciencia. Se trata de reconocer que muchas de las escuelas sociológicas y teorías interpretativas que han alimentado nuestro desarrollo intelectual, se concibieron en condiciones históricas y culturales concretas, en formaciones o sociedades muy distintas a las nuestras. Por lo mismo, tales escuelas y teorías pueden tener limitantes para comprender nuestra propia realidad.

El caso más obvio y conocido es el del trasplante del positivismo funcionalista a nuestras academias. Ya esto no necesita de elaboración porque se ha dicho mucho al respecto, aunque la escuela positivista tenga todavía bastantes adeptos entre nosotros. Concebido para justificar los nuevos postulados del liberalismo europeo y la recuperación del poder por la aristocracia en Francia, el positivismo funcional ("orden y progreso") llegó como anillo al dedo para justificar también la organización política y las constituciones de los nuevos estados americanos durante el siglo XIX. Hoy sirve para explicar transformaciones dentro de la continuidad social, para confirmar equilibrios inestables, o desequilibrios

estables, en sociedades capitalistas. ¿Cómo puede aplicarse esta escuela a sociedades en intensa transición fundamental, como las del Tercer Mundo, donde la inestabilidad, el conflicto y la lucha de clases abierta son el pan de cada día? No vale la pena continuar espoleando a un caballo muerto, y menos perder tanto tiempo en su consideración y estudio en algunas universidades.

Más pertinente es observar la reacción de nuestros científicos ante la falla de esta escuela y el acercamiento pendular al marxismo, que suministra hoy un idioma científico sin el cual no es posible comunicarnos entre nosotros. Puede aducirse que el marxismo también es importado y que nació en circunstancias históricas concretas que no son las mismas de hoy y de aquí. En efecto, tampoco conviene aceptar el marxismo cuando se adopta como dogma. Las actitudes dogmáticas son precisamente las que han llevado a la actual crisis del marxismo en su lugar de origen y en otras partes. No obstante, la evidente ventaja del pensamiento marxista, para nosotros, ha radicado en que reconoce la relatividad cultural y permite la verificación y construcción teórica por medio de conceptos generales (formación social, relación social de producción, etc.) que no tienen sentido sino en contextos específicos. El supremo problema teórico-político de definir modos de producción, también permite construir esquemas flexibles dentro del gran marco conceptual del marxismo, como guía abierta de investigación. Así, se han propuesto modos de producción distintos a los dados, como el andino, el colonial y el señorial americano, que bien pudieran hacer carrera entre nosotros y en otras partes, si no surgieran en exceso como para confundirse con sociedades o formaciones específicas.

Estas tendencias a desligarnos de los dogmas y de lo dado intelectualmente, a dudar de las premisas, a poner a prueba los presupuestos, son la base de todo avance científico. Los aislados esfuerzos que en este sentido se han hecho en América Latina ya han recibido aclamación universal. En efecto, no faltan filósofos europeos que sostienen que el reto latinoamericano actual en este campo del conocimiento es más productivo, para la teórica general, que la sosa autocrítica marxista que a veces se realiza en los países socialistas de Europa. Por eso, la expectativa que se ha creado con los trabajos que se realizan aquí en nuestras disciplinas y el respeto con que se reciben por allá. Es sintomático que haya subido el número de traducciones de trabajos ejecutados en nuestros países al alemán, inglés y francés. Hace unos años ese no era el caso, sino todo lo contrario, lo que simplemente confirmaba nuestro antiguo colonialismo intelectual.

Así, seguir con la confrontación y construcción de esquemas propios para explicar y actuar —con la ayuda táctica del marxismo como apoyo heurístico, cuestionándolo cuando no corresponda a la realidad, y ampliando y profundizando sus conceptos—, se perfila como una política adecuada de investigación social en las actuales circunstancias, hasta cuando nuestro desarrollo exija nuevos y enriquecidos marcos y planteamientos generales.

NECESIDAD DE LA INTEGRACION DE DISCIPLINAS

Para ganar la meta de la construcción intelectual propia ya

expuesta, nada es más retador y necesario que hacer frente a la artificial división de las ciencias sociales contemporáneas, que separa a la sociología de la antropología, la economía, la historia, la psicología, la geografía y la ciencia política. En esto también hemos heredado del Viejo Mundo la manía de la superespecialización que llevó, por ejemplo, a organizar alrededor de 200 grupos de trabajo distintos en el último congreso mundial de sociología (Uppsala, agosto de 1978). Evidentemente, en dicha ocasión se presentaron síntomas del cansancio que produce ver campos como el de la sociología de los ovnis al lado de otros igualmente etéreos. Por ello se realizó una sesión plenaria para considerar "los límites de la especialización". En sociedades nacionales como las nuestras, con problemas enormes que saltan a la observación, no se justifica esa división. Por el contrario, se necesita combinar e integrar teorías, métodos y técnicas en el campo social para avanzar en el conocimiento real y práctico de los problemas que vemos y sentimos.

Esta tesis no es nueva, aunque las dificultades de aplicarla sigan siendo exasperantes y evidentes. Ante todo, están los intereses creados de los departamentos académicos de las universidades, que sólo justifican su existencia con base en aquella infinita división. Deberían recordar estos colegas cómo se crearon sus departamentos en Europa, de dónde viene la idea, para desvirtuar los originales ideales fichteanos. ¿Por qué no concebir nuestros trabajos con base en grandes problemas concretos y construir equipos interdisciplinarios que los atiendan? La explotación podría ser uno; el poder, otro; así como la violencia, la alienación, el control ecológico, las implicaciones del desarrollo técnico, etc. No se me diga que ésta es otra forma de abrir la puerta a las disciplinas tradicionales. Trátese de estudiar en firme cada uno de estos grandes problemas y se verá que rebasan el alcance de cada una de las disciplinas sociales por separado. Aun así, están en la base de todo proyecto de supervivencia humana y no pueden soslayarse.

No se trata de hacer una suma de disciplinas ni una adición de teorías y técnicas especiales que darían por resultado una superestructura científica general. Se trata de que cada disciplina particular se disuelva junto a las otras, dentro del contexto del análisis de los problemas, con nuevos conceptos y teorías adecuados a la comprensión de los fenómenos y a su conversión a nuevos enfoques. No es posible postular soluciones o respuestas definitivas. En efecto, estamos sometidos en este campo a un permanente proceso evolutivo natural. Mientras más pronto reconozcamos estos hechos, más productivos y útiles a la sociedad seremos como científicos. Para ello se necesita descartar prejuicios, abandonar el provincianismo personal y el imperialismo disciplinario en el ámbito universitario y en otras partes.

Podrá preguntarse: ¿qué disciplina será la que al fin de cuentas asuma ese papel de integración y síntesis? No retrocedamos el asunto al antiguo esquema comtiano, porque ésta no es la forma correcta de plantear el problema. La disciplina integradora será aquella que merezca serlo por su propia voluntad de disolución y absorción, por su propia capacidad de negarse a sí misma; porque el conocimiento, al disolverse, vuelve entonces a crearse en un nuevo nivel de explicación y de servicio a la sociedad. Lo que se crea, en

fin, es una sola "ciencia social crítica" muy semejante a la que campeaba en el siglo XIX, antes de la proliferación de las especialidades; algo parecido a lo que Quesnay, Marx y muchos otros de sus contemporáneos manejaron como "economía política". Sólo que ahora resurgiría enriquecida por la acumulación investigativa y técnica del último siglo, con otra entidad y nuevas posibilidades teórico-prácticas.

PAPEL VALIDANTE DE LA PRACTICA Y EL COMPROMISO

Si las tesis anteriores son aceptadas, por lo menos como base de discusión para examinar las perspectivas generales que se abren en las ciencias sociales, se sigue que hay que trabajar aquí con nuevas estrategias científicas. ¿Se estará dibujando, poco a poco, un paradigma que Kuhn probablemente relacionaría con su "ciencia extraordinaria"? Hay síntomas de que esto pueda ser así. El concepto central para hacer cristalizar esta interesante perspectiva estratégica parece ser el de praxis, entendida ésta como la combinación dialéctica de la teoría y la práctica, en la que la práctica es la determinante. A este concepto tendríamos que añadirle las conocidas tesis del compromiso valorativo del científico que fueron expuestas muchas veces, en nuestro medio y fuera de él, por lo menos desde 1967 en la Universidad Nacional, y que no han sido rebatidas hasta hoy.

Evidentemente, esta posición crítica sobre la praxis se inspira en la Undécima Tesis sobre Feuerbach, de Marx; pero no se reduce a confirmar las reflexiones filosóficas que se derivan de esas tesis. Se acoge con el fin de que lleve, a través de la práctica en contextos específicos, a obtener conocimientos que ayuden a transformar la sociedad. Y no es una transformación cualquiera: es aquella que satisfaga los intereses de los grupos explotados por el capital, las víctimas del desarrollo burgués liberal-conservador, las clases que crean la riqueza para luego verla expropiada por empresarios e intermediarios ansiosos de lucro. Del esfuerzo por entender y participar en esta transformación podría salir no sólo un nuevo tipo de sociedad sino un nuevo tipo crítico de ciencia social. Sería una ciencia social desligada de los intereses de la burguesía, que fue su anterior partera, para vincularse en cambio con los intereses de su clase social opositora: el proletariado en ascenso.

No vale la pena entrar aquí a discutir otra vez si es posible o no construir una ciencia del proletariado, como ya se construyó, en épocas pasadas, una ciencia burguesa. Esto es teóricamente posible porque el conocimiento no es neutro, aunque vaya acumulándose en escala universal. Lo importante, ahora, es reconocer que la reorientación de las ciencias sociales hacia las necesidades de los grupos victimados por el sistema dominante actual puede ser más fructuosa para el pueblo, y para la ciencia social misma, que la aplicación de fórmulas alternas. Así se aclara el propósito del conocimiento adquirido y se rompe el círculo vicioso que arrinconó nuestros primeros esfuerzos, y que puede frustrar todavía a la generación que siga, ingenuamente, caminando por la misma senda en el futuro.

Una herramienta metodológica adecuada a estas tareas se reconstruye autónomamente en nuestro medio: la investigación-acción de estirpe crítica y radical. No parece que sea un nuevo paradigma, como sostienen algunos, porque no

están claras las fronteras entre este método y otros que se han empleado en la tradición sociológica, y porque su aplicación (por marxistas) data del siglo XIX. Sabemos que su especificidad radica más en el plano teleológico y que su estructura toma en cuenta, más que otros métodos, la influencia de los valores sociales en los esquemas investigativos. La investigación-acción requiere que se tome partido ante las disyuntivas políticas reales y que se aclare el porqué, el cómo y el para quién de las investigaciones; exige concebir los trabajos con un propósito social y no con fines académicos, de ciencia pura, o de simple promoción personal; respeta el saber popular como autoridad adecuada en campos específicos del conocimiento, que sólo requieren de articulación teórica para entender su dimensión estructural y utilizar su valor práctico. En estos casos, como antes, la validez del conocimiento adquirido se juzga no sólo por la referencia al acervo universal de conceptos y teorías ya demostrados, sino también por el desarrollo concreto de la práctica relacionada con este conocimiento.

Como se dijo, la investigación-acción radical no es nueva, puesto que fue postulada teóricamente (y en parte llevada cabo) por lo menos desde mediados del siglo pasado. Pero su aceptación ha sido cíclica, y la reaparición que ha hecho en estos momentos, sobre todo en los países del Tercer Mundo, no es aleatoria. Responde a la necesidad de cierto tipo de conocimiento científico comprometido con determinadas clases sociales, a fin de acelerar procesos de cambio estructural y revolucionario. Por eso, los europeos y estadounidenses se encuentran detrás de nosotros en este campo, aunque la problemática tenga que afectarles eventualmente por la interdependencia que caracteriza a nuestro mundo desde hace unos años. Aquí hay todavía mucho que descubrir y aclarar, porque es una frontera novedosa que se plantea al conocimiento científico de la sociedad, en escala mundial.

Comprendo que, en estos momentos, es probablemente exigir demasiado a las universidades que incorporen formalmente en sus programas los conceptos de praxis y compromiso, aunque tengan un valor estratégico tan grande para nuestras disciplinas. Las universidades no podrán avanzar por este camino en tanto no se transforme el medio social del que se nutren. No obstante, de sus estudiantes y profesores actuales puede partir la chispa que produzca un cambio interno que lleve, a su vez, al reconocimiento de estas nuevas perspectivas y posibilidades científicas. No puede seguir por mucho tiempo más el divorcio o alejamiento entre lo académico y lo extra-académico. La conjunción de ambas vertientes ha de ser todavía más positiva y, por lo mismo, sobresale como otra de las metas estratégicas.

De allí que las presentes reflexiones terminen haciendo una cordial invitación a repensar nuestro papel como científicos sociales, en el ámbito donde nos toque actuar, para estar a la altura de la histórica responsabilidad que tenemos en el momento actual. Es mucho lo que hay en juego en términos de satisfacción personal y redención colectiva. Los sociólogos no somos ni seremos filósofos-reyes. Pero ayudaremos a justificar nuestra existencia —nuestra vivencia— si contribuimos a conformar una ciencia social crítica que sea sólida y seria para los fines del conocimiento, y conveniente para los grupos y clases sociales que la necesitan como bandera y yunque de sus luchas. □